



Pero esto no era, no había más que verlo, ninguna versión diez de nada; ninguna versión diez sino la ocho y, encima, de nada que fuese lo que yo buscaba.

Seguí con el tecleo...

Seguí tecleando, sí, pero sin quitarme de la cabeza que no era capaz de entender porqué, habiendo pulsado exactamente en el mismo enlace de la misma página en que lo encontré por primera vez, lo que venía a la pantalla no era – como dijese la de la copla – la versión que buscaba sino la ocho...

¿De qué?

Seguí tecleando...

No tenía ni idea “de qué” – ni para qué tecleaba, a lo mejor – pero entendiendo que había un “algo”¹ de lo que debían en buena lógica de existir siete versiones más o, por lo menos, nueve.

Seguí tecleando enfebrecida hasta que, después de peregrinar por un sinfín de páginas, y de hospitales, y de películas que en otro momento me habría parado a mirar si eran buenas o malas y “a ver – me hubiese dicho – si voy la semana que viene” pero no ahora que estaba tan atareada, y de jardinería con flores tan vistosas pero que yo ni me las planteo porque para las plantas he tenido siempre una mano malísima, y otra vez el Google Earth porque una vez tuve el capricho de buscar una pastelería en las islas Fidji aunque lo más seguro es que no vaya a las islas Fidji nunca sin pararme en ninguna, fui a dar, por lo menos, con algo que por lo menos me daba la razón aunque, porque era esta

¹ O más de uno, igual que con los niños; que vaya lío también el tema de los niños y el de aquel sujeto del que alguna vez supe su nombre, y hasta llegué a pronunciarlo, pero se me había olvidado por completo aunque me dije, ahora, “anda, bueno, de momento déjalo”.